

## THE HOMILY FOR THE 4<sup>TH</sup> SUNDAY IN ORDINARY TIME, YEAR A.

**Readings. Zephaniah 2:3; 3:12-13. 1Corinthians1:26-31. Matthew 5:1-12.**

The theme for this Sunday: Faithful Christian discipleship requires that we embrace the values of the heavenly Kingdom.

Dear beloved of God,

When I was reflecting and meditating about the beatitudes, I concluded that the Beatitudes remind us that God's idea of happiness and the world's idea of happiness are not in the same group chat. And according to the beatitudes, heaven requires that we be perfect-it is also gift for perseverance. Those who have faithfully persevered in the practice of the heavenly values, such as love, peace, unity, humility, forgiveness and charity, will inherit the Kingdom of God. As you notice, these beatitudes are not every one's cup of tea.

If these heavenly values don't make you feel uncomfortable, then, you are already living a saintly life. Someone will say, surely, if am to score 100% with regard to the requirements of these beatitudes, then I will find it very difficult to fit in our modern society; because when Jesus preached about the beatitudes, **people realized this was the only sermon where the 'losers' were actually winning'**. This seems to be a divine paradox with reference to human life. I have not encountered anyone in life who aims at losing; many people will always aspire for greatness and worldly success, and according to human experience, winning in any aspect of life, seems to be the best way to go about human growth.

Jesus' proclamation of the beatitudes became God's Magna carta to explain the difference between the worldly and heavenly values. This is where we really need to enter deeper into the mystery of our salvation. By these beatitudes, Jesus wants to make it very clear that while the worldly values are not bad in themselves, clinging to them can easily blindfold us from seeing beyond what is physical. What is physical is temporary, and what is heavenly endows us with total fulfillment of what life is meant to be.

When you reflect about these beatitudes, you don't see promises of wealth, no guarantees of success, no slogans like-"live your best life now, for tomorrow will take care of itself". After this proclamation on top of a mountain, people might have looked at one another and thought, "Is He really serious?". How about us today, I bet some of us might be thinking, "this is really hard to believe". But this, dear beloved of God, there is nothing

complicated or difficult to understand, the beatitudes are about Conversion. ***They are an invitation to embrace the higher values of our Christian vocation. Jesus is making it very clear that if we expect to be happy in the life to come, it all begins here and now; there is no time to wait or waste.***

To be radical, committed and faithful disciples, there is need to clearly understand how Jesus redefines happiness. In other words, Jesus flips the scoreboard. In Christ, you lose or suffer what is temporary and gain what is eternal. To be poor in spirit does not mean having nothing-it is to know that without God, I am nothing. To mourn is not weakness-it is having a heart that still knows how to feel, how to love, how to comfort those experiencing grief. And to be meek is not to be a doormat-rather, it is strength under control, and extraordinary power guided by love.

The beatitudes continue to teach, and remind us that God is moved and impressed by our disposition to let go, to freely detach ourselves from what we have and to share God-given blessings with others. Reference-the story of the rich young man-(Matthew 19:16-30, Mark 10:17-31, Luke 18:18-30) Therefore, happiness is not found in having more, but in loving more; for when you truly practice the beatitudes, you are living close to the heart of Jesus.

Dear beloved of God, the beatitudes are a direction for our lives, and a road map for authentic Christian living. So today, let us choose to be counter-cultural Christians. Let us strengthen our belief that humility is power, that mercy is victory, and that purity is to experience true freedom; and that when we truly love like Christ, we begin to prepare ourselves for the eternal happiness with God. Amen.

*Rev. Fr. Silverino Kwebuza, SJ-Pastor.*

HOMILÍA PARA EL 4.º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, AÑO A.

Lecturas. Sofonías 2:3; 3:12-13. 1 Corintios 1:26-31. Mateo 5:1-12.

El tema de este domingo: Un discipulado cristiano fiel exige que abracemos los valores del Reino celestial.

Queridos hijos de Dios:

Al reflexionar y meditar sobre las bienaventuranzas, concluí que nos recuerdan que la idea de felicidad de Dios y la idea de felicidad del mundo no se encuentran en el mismo grupo de chat. Y según las bienaventuranzas, el cielo exige que seamos perfectos; también es un don para la perseverancia. Quienes han perseverado fielmente en la práctica de los valores celestiales, como el amor, la paz, la unidad, la humildad, el perdón y la caridad, heredarán el Reino de Dios. Como pueden observar, estas bienaventuranzas no son del agrado de todos. Si estos valores celestiales no te incomodan, entonces ya vives una vida santa. Alguien dirá: «Si cumplo con los requisitos de estas bienaventuranzas, me resultará muy difícil integrarme en nuestra sociedad moderna». Porque cuando Jesús predicó sobre las bienaventuranzas, la gente se dio cuenta de que este era el único sermón donde los «perdedores» en realidad ganaban. Esto parece ser una paradoja divina en la vida humana. No he conocido a nadie en la vida que aspire a perder. Muchas personas siempre aspiran a la grandeza y al éxito global, y según la experiencia humana, ganar en cualquier aspecto de la vida parece ser la mejor manera de alcanzar el crecimiento humano. La proclamación de las bienaventuranzas por parte de Jesús se convirtió en la carta magna de Dios para explicar la diferencia entre los valores mundanos y los celestiales. Aquí es donde realmente necesitamos profundizar en el misterio de nuestra salvación. Con estas bienaventuranzas, Jesús quiere dejar muy claro que, si bien los valores mundanos no son malos en sí mismos, aferrarnos a ellos puede fácilmente cegarnos e impedirnos ver más allá de lo físico. Lo físico es temporal, y lo celestial nos envuelve con la plenitud total de lo que la vida debe ser. Al reflexionar sobre estas bienaventuranzas, no vemos promesas de riqueza, ni garantías de éxito, ni lemas como: «Vive tu mejor vida ahora, porque el mañana se dará por sí solo». Tras esta proclamación en la cima de una montaña, la gente podría haberse mirado y preguntado: «¿Habla en serio?». Y nosotros hoy, apuesto a que algunos pensaríamos: «Es

realmente difícil de creer». Pero esto, queridos amados de Dios, no es nada complicado ni difícil de entender; las bienaventuranzas tratan sobre la conversión. **Son una invitación a abrazar los valores más elevados de nuestra vocación cristiana. Jesús deja muy claro que si esperamos ser felices en la otra vida, todo comienza aquí y ahora; no hay tiempo que esperar ni perder.** Para ser discípulos radicales, comprometidos y fieles, es necesario comprender claramente cómo Jesús redefine la felicidad. En otras palabras, Jesús cambia las reglas. En Cristo, se pierde o sufre lo temporal y se gana lo eterno. Ser pobre de espíritu no significa no tener nada; es saber que sin Dios, no soy nada. Llorar no es debilidad; es tener un corazón que aún sabe cómo sentir, cómo amar y cómo consolar a quienes sufren. Y ser manso no es ser un felpudo; más bien, es fortaleza bajo control y un poder extraordinario guiado por el amor.

Las bienaventuranzas continúan enseñándonos y recordándonos que Dios se conmueve e impresiona por nuestra disposición a soltar, a desprendernos libremente de lo que tenemos y a compartir las bendiciones que Dios nos da con los demás. Referencia: la historia del joven rico (Mateo 19:16-30, Marcos 10:17-31, Lucas 18:18-30). Por lo tanto, la felicidad no se encuentra en tener más, sino en amar más; Porque cuando practicas verdaderamente las bienaventuranzas, vives cerca del corazón de Jesús.

Amados de Dios, las bienaventuranzas son una guía para nuestras vidas y una guía para una auténtica vida cristiana. Así que hoy, elijamos ser cristianos contraculturales. Fortalezcamos nuestra creencia de que la humildad es poder, que la misericordia es victoria y que la pureza es experimentar la verdadera libertad; y que cuando amamos verdaderamente como Cristo, comenzamos a prepararnos para la felicidad eterna con Dios. Amén.

*Rev. P. Silverino Kwebuza, AJ-Pastor.*